

LAS VICISITUDES DEL MONUMENTO AL ENCIERRO

Ignacio PÉREZ CABAÑAS

joseiperezc@hotmail.com



El escultor Rafael Huertas saluda a su doble.

Para nadie constituye un secreto que Pamplona sea conocida en todo mundo civilizado por sus famosas fiestas de San Fermín y éstas por su espectáculo más emblemático, su incomparable Encierro.

El encierro de Pamplona existía, aunque de manera muy diferente a la actual, desde hace varios siglos, prácticamente desde la Edad Media, y ha ido evolucionando hasta el actual. Pero fue desde el primer tercio del siglo pasado, fundamentalmente con la visita de personajes célebres de la cultura y otros del mundo de la farándula, unido al desarrollo y tecnificación de los medios audiovisuales, cuando fue tomando auge progresivo hasta convertirse en una de las fiestas más famosas a nivel mundial. Buena culpa de ello tuvo, sin lugar a dudas, el premio Nobel Ernest Hemingway, que visitó Pamplona por primera vez en 1.923, y que para bien o para mal, a

raíz de este primer encuentro, lanzó los Sanfermines a la universalidad.

Esto, que en un principio fue motivo de gran satisfacción para los pamploneses, amén de rentabilidad económica, ha ido evolucionando y puede que no para bien del todo, hasta hoy en día, en que los más pesimistas temen y quién sabe si no estarán muy lejos de la realidad, que pueda terminar feneciendo de éxito.

De lo que no cabe duda, reitero, es que Pamplona es famosa a nivel mundial por el encierro, como número cumbre de los sanfermines. De hecho, a las 8 de la mañana del 7 al 14 de julio, medio planeta está pendiente de la carrera de 840 metros, que parte desde los corralillos de Santo Domingo hasta la plaza de toros, retransmitido por TVE. Y de igual forma es ensalzado por su belleza, su plasticidad, su colorido y su enorme emoción.



Monumento al encierro de Pamplona. Realismo — movimiento — fuerza.

Toda ciudad que posea un patrimonio tan importante debe procurar que su relevancia no se limite a los pocos días de su celebración, sino al resto del año de manera permanente, y qué mejor manera de llevarlo a cabo que erigiendo un monumento conmemorativo que lo inmortalice. Esto, que en principio parece que no debiera acarrear excesivos problemas si se realiza bien planificado, a veces es más complicado de lo que parece.

De hecho, ya en 1.991, el Ayuntamiento de Pamplona trató de ponerlo en práctica y encargó al artista Rafael Huerta el grupo escultórico de dos mozos y un toro para que plasmasen la estampa sanferminera por excelencia, que se inauguró el 6 de julio de 1.994 y se ubicó en la calle Roncesvalles, en la zona más próxima a la plaza de toros. Era una pequeña parte de un proyecto de mayor envergadura del que se desistió por su elevado coste y cuya maqueta había sido presentada previamente por el autor con el título de "Corriendo el Encierro".

La escultura era muy bonita y armónica pero quizás pareciera poco ambiciosa para la fama, magnitud y grandiosidad del Encierro y no representaba en su totalidad la fuerza y espectacularidad de la carrera. Y aquí comienza la historia real y documentada de la génesis del actual Monumento al Encierro.

En el mes de junio de 2.003 tuve la satisfacción y el honor de salir elegido concejal del Ayuntamiento de mi ciudad y ser designado responsable del área de Cultura. Como todo nuevo cargo, llevaba en el zurrón muchas ilusiones y no pocos proyectos.

Para alguien nacido en la calle Chapitela, el Ayuntamiento era mi casa vecina y entre otras cosas por allí cerca pasaba el encierro. Ello y muchas más cosas, como el amor a mi ciudad, mi pasión sanferminera, mi reconocida afición taurina, ser corredor de encierros y cirujano taurino, harían que pronto aflorara de mi ideario mi querencia al tema que nos atañe.

M I ENCUENTRO CON RAFAEL HUERTA CELAYA

Fue casualidad que con motivo de la inauguración de la escultura del Dr. José Joaquín Arazuri en el paseo que lleva su nombre, conociera personalmente a Rafael Huertas, uno de los posiblemente últimos escultores figurativos españoles de renombre. Bilbaino de cuna, residente en la región levantina, pero pamplonés de vocación ya que trabajó durante años como director de la Escuela de Artes y Oficios, y en el cercano pueblo de Badostain tenía instalado su taller de trabajo.

Pronto me percaté de que a pesar de la fama de peculiares que suele acompañar a los artistas, era una persona muy asequible, sencilla de trato y ahora con los años de sincera amistad. A raíz de este primer contacto comenzaba la ardua tarea de intentar que aquella primera maqueta pudiera desembocar en la realización de la obra completa.

No fueron difíciles las primeras conversaciones y pronto Rafael mostró gran predisposición en llevar a cabo el proyecto, llegando a confesar que era la ilusión de su vida, la obra monumental que siempre había anhelado realizar y su particular homenaje a su ciudad de adopción, ya que dada su edad suponía probablemente la culminación de su vida profesional.

El primer escollo a salvar era su costo dadas sus dimensiones, la gran cantidad de bronce que precisaba, la necesidad de una infraestructura adecuada para su construcción y



Captando el riesgo.

engranaje, etc. El escultor tendría que ofrecer un precio asequible para seguir adelante, poniendo en un lado de la balanza el valor de su trabajo y sus gastos, y en el otro la culminación de sus sueños, sabiendo que quedaría perpetuado en los anales del patrimonio escultural monumental de Pamplona.

A día de hoy así ha quedado ratificado, da-

do que es el lugar más fotografiado de la ciudad junto a la fachada del Ayuntamiento. Raro será el visitante que no se lleve su recuerdo posando junto al monumento. Una vez acordado el coste total, que ascendía a 661.113 euros, incluida la incorporación de las figuras ya existentes, se presentó a la junta de gobierno presidida por la alcaldesa Yolanda Barcina cuya aprobación fue unánime, por lo que en el área de cultura nos pusimos manos a la obra.

A FINANCIACIÓN

El siguiente paso sería conseguir una buena financiación, que, aunque todavía corrían tiempos de bonanza económica, no fuera onerosa para el Consistorio y en definitiva para todos los pamploneses. Era cuestión de buscar socios y una forma asequible y fraccionada de pago.

La primera puerta a la que llamamos fue la del Gobierno de Navarra, presidido por Miguel Sanz, para que asumiera un tercio del monto. Al presidente le encantó la idea y nos remitió al consejero de cultura que también la acogió con interés.

Faltaba el tercio restante y el proyecto sería realidad. Nos dirigimos entonces a la obra social de la CAN donde en principio encontramos gran receptividad pues era habitual su colaboración generosa con el Ayuntamiento, y en concreto con la concejalía de cultura, en sectores como publicaciones, catálogos y siempre que se les solicitaba. No resultó menor el interés de quien la dirigía, pidiéndonos unos días para consultarlo con su junta, dándonos pronto su aprobación.

Había salido todo a pedir de boca. Se le comunicó al escultor para ir redactando los consabidos contratos legales. Entonces surgió ya el primer contratiempo. Por razones que nunca llegamos a conocer, el Departamento de Cultura del Gobierno de Navarra se descolgó del proyecto. Había que buscar otra solución, y rápida, ya que el tiempo se nos podía echar encima y la idea era inaugurarla a final de esa legislatura, es decir, en la primavera de 2007, como legado de esa corporación a la ciudad.

La solución tuvo que llegar de quien mostró idéntico interés que nosotros, la obra social de la CAN y su responsable, Dámaso Munárriz. Tendría que asumir dos tercios. Su placet nos lo hicieron saber con brevedad, solicitándonos como contraprestación que el monumento se ubicara próximo a su edificio central para rentabilizarlo en sus propagandas y

Firmas en fiestas

que en el pedestal luciera su logotipo, al igual que iba a figurar el escudo del Ayuntamiento de Pamplona y el nombre del escultor.

A LOCALIZACIÓN

LDos eran los lugares más apropiados: en el centro de Carlos III, para que al pasear por él se pudiera apreciar con comodidad la obra por los cuatro lados, o en el cruce de Carlos III con Roncesvalles, próximo a la CAN. Los servicios técnicos del Ayuntamiento aconsejaron esta segunda opción por, al parecer, posibles problemas por su peso y la proximidad del aparcamiento subterráneo. Téngase en cuenta que, por sus dimensiones de 11 metros de largo por 4 metros de ancho, que cada toro pesaría unos 550 kg, cada corredor alrededor de 250 kg, sumado a la plataforma de granito y hormigón armado, el peso total rondaría las 10 toneladas.

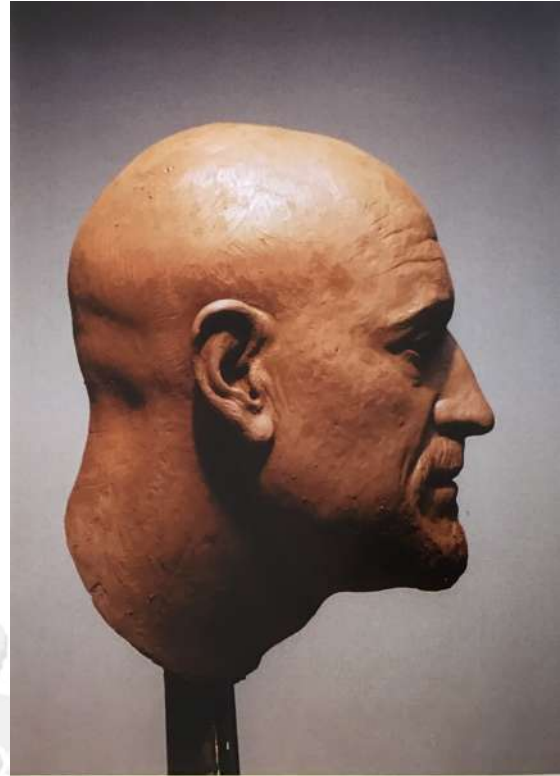
Ya sólo faltaba la aprobación en el primer pleno, el del 2 de septiembre de 2004, e iniciaríamos la andadura. Habíamos salvado no pocas dificultades y en este momento empezaron de verdad otro tipo de problemas y duras críticas por parte de todos los grupos de la oposición. Sus argumentos fueron de todo tipo, desde tratarnos de megalómanos y que era suficiente con lo que había, a ideas tan peregrinas cómo hacerla pero poco a poco hasta alcanzar su totalidad, o hasta que se había ideado para desplazar, ocultar o hacer desaparecer el cenotafio conmemorativo de la muerte de Germán Rodríguez, y algunos otros desatinos. La votación salió adelante por la mayoría absoluta del equipo de gobierno, que consideraba la obra como una importante aportación al acervo escultural de la ciudad.

Así fueron transcurriendo los meses con visitas periódicas del área de cultura a la fundición de Eibar, donde el escultor había fijado su lugar de trabajo en una inmensa nave. Allí comprobábamos con satisfacción cómo se iban ensamblando una a una todas las figuras de corredores y toros y cómo el conjunto iba tomando el porte de una gran obra de arte, y no lo voy a negar, con el pequeño temor de que no estuviera finalizada para la fecha convenida.

UNA SORPRESA INESPERADA

U Pero el mayor disgusto estaba por llegar. Y fue descomunal. Se había llevado todo el proceso con el mayor no secreto sino discreción, para

dejar trabajar al artista y para que el monumento no se diera a conocer hasta estar completo. Pero de pronto, el 9 de mayo de 2006 aparece en un periódico local la noticia



Julen Madina, ejecutado por las envidias.

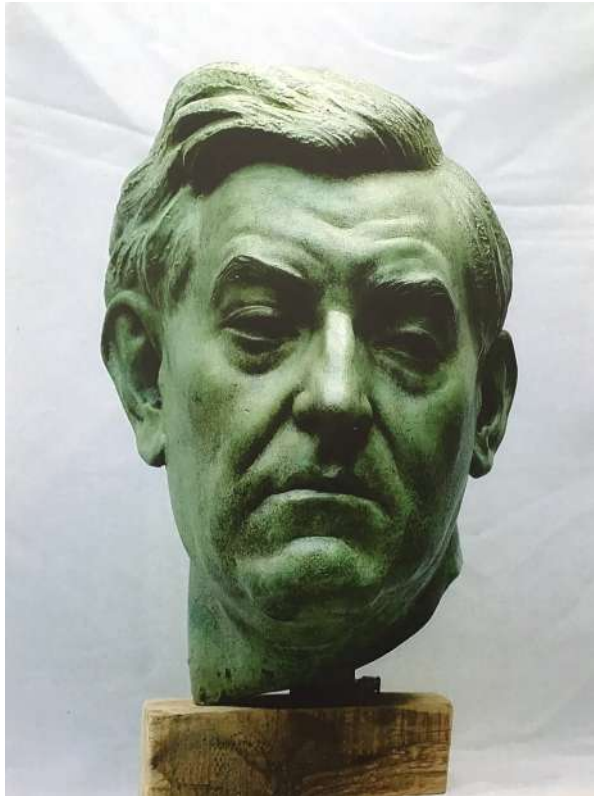
con foto incluida tomada al parecer sin permiso de la factoría Alfa-Arte, al ser un lugar privado, en la que se apreciaba parte de la obra y se identificaba con nitidez la figura de un corredor muy conocido por todos y cuestionado por algunos, Julen Madina, guipuzcoano, corredor desaparecido desgraciadamente hace no muchas fechas en trágico accidente y al que se le tributaron post mortem sentidos homenajes compartidos por todos en Pamplona.

Rápidamente renacieron críticas acerbas por parte de los grupos de la oposición, que tenían ya casi olvidado el tema, aduciendo que eso era inadmisibile y que iba a crear serios problemas, que los personajes allí representados tenían que ser anónimos. Total, que la bronca volvía a la palestra.

Me puse de inmediato en contacto con el escultor y muy disgustado me manifestó que en el contrato firmado no existían esos términos y que él, como autor, ponía en sus esculturas los cuerpos y los rostros que creía conveniente. Desgraciadamente la cosa no quedaba ahí y la sorpresa iba a ser todavía mayor, ya que en la última figura que faltaba estaba el retrato del concejal de cultura. Mi retrato.

No perdí tiempo en comunicarlo en el Ayuntamiento y a la prensa. Y se armó la marimorena. Como era de esperar pusieron el grito en el cielo, declarándolo de escándalo mayúsculo. Se me acusó de que con dinero público había encargado una escultura para immortalizarme en ella y que tenía que pagarlo de mi bolsillo y otra serie de lindezas que prefiero omitir pero que están en las hemerotecas.

Sin dilación puse rumbo a Eibar para estar



Pérez cabañas, el concejal decapitado por su propio consistorio.

con el escultor y explicarle la que se había liado. Mi petición fue rotunda, debía eliminar ambas cabezas, o al menos la mía, y además los costos tendrían que correr a su cargo y rápidamente, porque la fecha de entrega estaba cada vez más próxima.

La cara de Rafael Huerta era todo un poema. No lo podía creer. Estimaba que su cualidad de artista se veía avasallada y herida y que cualquier modificación que pudiera hacerse suponía una violación a su obra. Pero para no dañar, aunque involuntariamente, mi prestigio, ya que todos los grupos de la oposición solicitaban la dimisión del concejal, y el del Ayuntamiento de Pamplona, sorprendentemente y con hartó dolor de corazón decidió aceptar mis exigencias. Y por si fuera poco convocó una rueda de prensa en el Ayuntamiento de Pamplona para explicar su ver-

sión de los hechos.

La rueda de prensa celebrada el 12 de mayo fue multitudinaria dado el revuelo que la noticia había desatado. En ella aclaró entre otras cosas que la idea había sido suya, que en ningún momento su intención había sido la de crear problemas ni controversias, y que si puso a Julen Madina era por ser un corredor muy conocido y carismático, que él creía que incluso era un ídolo en el mundillo de los encierros. Y al concejal lo había retratado por considerarlo de algún modo como "mecenas" del proyecto, hecho frecuente entre los artistas desde el Renacimiento y que no era el único caso en Pamplona, en referencia probablemente a la vidriera que preside la sala de plenos del propio Ayuntamiento, en la que se representa el momento de la firma del Privilegio de la Unión. Además, pidió públicamente perdón por el daño involuntario que hubiera podido causar tanto en lo político como en lo personal.

Mi respuesta contra la oposición fue inmediata, admitiendo la crítica política pero nunca la descalificación ni el insulto personal, exigiendo una rectificación pública por su actitud vil y rastrea. Cosa que no sucedió.

E L TIEMPO TODO LO CURA, SI LA VERDAD PREVALECE.

Después de todo esto, mis sentimientos han tenido que ser hasta el día de hoy de gratitud y amistad sinceros y no ya porque en el retrato me hubiera rejuvenecido unos años y me hubiera operado de mi astigmatismo, sino por su honradez, humildad, generosidad y con seguridad su cariño a Pamplona. Y ésta creo que también le debe un reconocimiento. A fuer de ser sincero mi enorme ilusión por el tema se tornó en un cúmulo de sinsabores y contratiempos y en el deseo de finalizar el asunto cuanto antes y olvidarme de él.

El escultor cumplió su palabra. Modificó lo convenido, salvaguardando su retrato, y lo hizo en fecha, a pesar de su gran disgusto y la pérdida económica a sus expensas. Además, la hacienda municipal le encajó a cuenta de sus honorarios el IVA.

Y por fin en febrero de 2007 se llevó a cabo el traslado del monumento a su destino definitivo. Se precisaron un camión tráiler escoltado en sus diversas etapas durante dos días y dos potentes grúas para su instalación en la plataforma previamente construida y protegida a la vista. Todas las figuras llegaron embaldas y protegidas, lo que igualmente impedía

Firmas en fiestas

su visión. Así permaneció cerca de dos meses, hasta que se completaron las labores de revestimiento de la base y del pavimento con adoquines, algunos de ellos auténticos de la calle Estafeta que estaban en los depósitos municipales. También se dotó de sistema de iluminación nocturna y de cámara de video-vigilancia para evitar actos vandálicos, quedando definitivamente integrado en la peatonalización de Carlos III y Avda. de Roncesvalles.

Su inauguración se realizó el 21 de abril de 2007 con la presencia del artista, ante una inusitada expectación, no sólo de pamploneses sino de muchos corredores habituales de encierros venidos de varios lugares de España y alguno de lugares tan lejanos como Gran Bretaña o Estados Unidos. Incluidos, curiosamente para la foto, algunos de sus más acérrimos detractores.

Si mereció o no la pena el tiempo lo dirá. Probablemente a día de hoy hubiera sido muy difícil realizarlo, no sólo por la crisis económica que se nos vino encima, sino por los crecientes movimientos animalistas y antitaurinos que están calando en algunos sectores de la opinión pública. Hasta tal punto que no ya el monumento, sino el propio encierro y por ende los mismos sanfermines, Dios no lo quiera, pudieran llegar a peligrar.

Ahora, ya desde la perspectiva de la distancia, he de reconocer que cada vez que paso por la Avenida de Roncesvalles, y es casi a diario, no puedo evitar al rozar con la figura de Rafael, caído ante las astas del primer to-



Ignacio Pérez Cabañas saludando a Rafael Huerta.

ro, hacerle de reojo un guiño de complicidad y agradecimiento y sentirme feliz y orgulloso de haber contribuido con mi granito de arena para que el icono del Encierro quede inmortalizado para las siguientes generaciones como referencia de la esencia, historia, tradición e idiosincrasia de la ciudad de Pamplona. ■

Maqueta del Monumento, donada por Rafael Huerta al Museo de Navarra.

